

**Taller de Creación literaria, CETYS Mxi, 2021-2
Festival Día de Muertos 2021**

TEXTO SELECCIONADO

TÍTULO: “De camino a casa”
NOMBRE COMPLETO: Ángela López Herrera
MATRÍCULA: 40180
PROGRAMA: Lic. Psicología Infantil

El sonido de pasos fue como una fuente de energía; la ayudó a resistir un poco más, a creer que todo acabaría pronto. Era una mujer. Aún sin poder distinguir con claridad su rostro, le pareció conocida; los observaba desde el otro lado del callejón, en silencio, sin reacción alguna. ¿Por qué no la ayudaba?, ¿también tenía miedo?

Iba de camino a casa cuando sucedió. Balanceaba la correa de la bolsa del mandado en su mano derecha mientras avanzaba con lentitud en la orilla de la banqueta. Siempre elegía el mismo trayecto después de ir al mercado; lo prefería ya que de esa forma podía arrancar una flor de buganvilia de la casa frente a la escuela militar y usarla para adornar su cabello. Cuando llegara a su vecindad, Daniel estaría jugando cartas con los demás jóvenes y la vería pasar, floreciente y dulce. Podía asegurar que estaba casi completamente enamorado de ella. Así que, igual que otros días, contempló la pared con planta de buganvilia, buscando la más bonita. Se puso de puntas y alcanzó una grande, color rosa resplandeciente, cuando escuchó una voz desconocida a sus espaldas. Entonces sucedió. Sintió la respiración contra su cuello mientras era arrastrada lejos de las flores. Apretó la buganvilia en su mano derecha al tiempo que lo empujaba, arañaba y pateaba. También gritó, muy alto, suplicando ayuda... No fue suficiente. Nada era suficiente.

Y ahora se había quedado sin voz, los brazos le dolían y tenía entumecido todo el cuerpo. Se sentía vacía.

Sus ojos se encontraron con los de la mujer. Una mirada noble y digna. En ese momento la recordó: se vieron en el mercado unos días atrás. La ayudó a elegir flores en el puesto de doña Lupe.

—Estas son más lindas—la mujer le había extendido una flor de cempasúchil.

Ella sonrió por cortesía, extrañada y, al mismo tiempo, atraída por su aspecto. Ojos de bruma en un rostro pálido, protegido por el sombrero de fieltro violeta.

Iba ataviada en un vestido largo de encaje negro y zapatos de tacón del mismo color.

— ¿Usted cree? Pero son para los muertos...

— Eso no significa que los vivos no puedan disfrutarlas también.

Su seguridad la convenció. Aunque nunca le gustó tanto el naranja, dejó los claveles detrás y pidió un ramo de flores de cempasúchil. Al llegar a casa las colocó en el jarrón de la mesa de la cocina y, por alguna razón, sonreía cada vez que pasaba frente a ellas, incluso aunque su mamá la regañó por gastar dinero en cosas innecesarias.

Pensó en su madre, tejiendo en la sala de estar, esperando por ella y por las compras. Ahora, ¿qué haría? Los huevos se habían roto, las naranjas rodado calle abajo. “El dinero no nace de los árboles” le decían desde niña. Su padre se esforzaba tanto para alimentarlos, trabajando desde el amanecer hasta al anochecer, y ahora ella desperdició el dinero de la comida. Sus hermanos esperarían pacientemente el desayuno mientras jugaban en el patio del vecindario. Y Daniel..., quizás Daniel también esperaba verla, con una buganvilia en el cabello, caminando con lentitud hacia casa.

Aún era de día, pero la oscuridad empezaba a llenarla. No creía poder resistir mucho tiempo más. Cerró los ojos por un instante y, de un momento a otro, él ya no estaba. Todo había acabado. La mujer llegó a su lado, caminando con lentitud, y le tendió la mano, fría y cálida a la vez.

— No te preocupes, ya pasó—le sonrió. Una sonrisa noble y digna —. Te llevaré a casa.

Se levantó con ligereza, apoyada en el hombro de su nueva amiga. Atrás quedó un cuerpo inerte y la flor de buganvilia encerrada en su mano.